

**ALGUNOS ASPECTOS DE LA FRUSTRADA PERO
NECESARIA RELACIÓN ENTRE LA PSICOLOGÍA
Y LA FILOSOFÍA**

Abelardo Pithod

— Centro de Investigaciones Cuyo - CONICET

Las exigencias de la interdisciplinariedad deben comenzar, según pensamos, con el desarrollo del marco teórico de cada ciencia. Tal marco es epistemológico pero en el caso de la psicología, que concurre junto a otras ciencias en el mismo objeto, el hombre, la interdisciplinariedad exige estar abierta a la consideración antropológica filosófica, la cual se funda en una ontología. La posición cientista o positivista resulta hoy insostenible. La psicología debe abrirse a la filosofía pero la filosofía no puede ignorar a la psicología científica. Este trabajo muestra algunos tópicos en que psicología y filosofía pueden confrontarse con mutuo provecho.

Palabras claves: Filosofía y psicología. Sentidos internos. La cogitativa. Teoría del inconsciente.

La psicología como ciencia del hombre está de hecho abierta a la reflexión filosófica. La posición cientista que la cierra a esa reflexión parece hoy insostenible. Lo importante para nosotros es que esa apertura an-

tropofilosófica de la psicología tiene una contraparte: El filósofo debe conocer psicología. Nuestra intención aquí es presentar un par de situaciones relevantes que avalan estos supuestos.

Los sentidos internos

La ciencia árabe medieval desarrolló el tema aristotélico de los *sentidos internos*. De Averroes, pero especialmente de Avicena, la escolástica cristiana acogió esa doctrina y la desarrolló notablemente, en particular con Tomás de Aquino. Los sentidos internos son según estos pensadores: El *sensorio común*; la *imaginación*; la *memoria* y la *estimativa* en los animales o *cogitativa* en los seres humanos.

Para mostrar el interés que esta teoría puede tener para la psicología de hoy bastará con que nos refiramos a la *cogitativa*, concebida como una verdadera *ratio* (de lo) *particular* (Rodríguez, 1993; Cantin, 1948), o inteligencia de lo concreto. El enorme desarrollo que el estudio de los símbolos ha alcanzado en las ciencias humanas actuales, desde la psicoterapia a la psicología social justifica una confrontación temática entre *cogitativa* y *función simbólica* (Peña Vial, 1987; Ennis, 1981, Velazco Suárez, 1974). Esta última es una función racional aunque sea la de una facultad sensitiva, y lo es por participación o *asunción* de parte de la inteligencia. El conocimiento de la *cogitativa*, que es intuitivo de la realidad singular y judicativo de lo beneficioso o perjudicial para el ente biopsíquico, es un juicio racional y no meramente sensorial, y esto por *participación* de las funciones intelectivas superiores. La *cogitativa* está *eminentemente asumida* por la intelligen-

cia. Por eso se dice de ella que es una facultad *punte*. Este aspecto de la cuestión es ignorado por la psicología contemporánea, con lo que el mundo de los símbolos y en general el mundo de los sentidos internos, queda fuera del ámbito racional, con graves consecuencias. Imaginación y *cogitativa* no son sentidos ajenos a lo racional, como no lo son tampoco la memoria y el sensorio común.

Esta tesis de la *cogitativa* no ha merecido mucha atención de parte de la filosofía ni de la psicología modernas (Simard, 1956). Fue el precio que se pagó por la cohabitación con el moderno dualismo racionalista. Este nivel de lo psíquico tampoco fue bien atendido por los filósofos de la escuela tomista, o próximos a ella. Suponemos también que el intelectualismo tomista ha sufrido contemporáneamente más de una crítica porque lo que llamamos "escolástica tomista" o tomismo de las escuelas no dejó de tener algún visaje racionalista.

Recíprocamente, el tomismo tenía un verdadero regalo para la psicología actual con su doctrina de los sentidos internos. Que yo sepa no son muchos los psicólogos que se han aprovechado de él.

Entre los *sentidos internos* es la *cogitativa* la que muestra mejor la mutua y beneficiosa interrelación que hubiera podido darse entre psicología y filosofía. Cornelio Fabro mostró en *Percepción y pensamiento* (1962), la coincidencia entre la actual teoría de la percepción respecto

del papel activo del sujeto con la auténtica tradición tomista: "Ninguna gnoseología realista da tanta participación a la actividad subjetiva en la construcción perceptiva de los objetos como la aristotélico-tomista" (Fabro, 1962, ed. Ital.).

La teoría del inconsciente¹

El segundo tema de mutuo interés para la psicología y la filosofía es el del *inconsciente*. No obstante evitaremos en lo posible el término de *inconsciente*. Está demasiado cargado de significaciones confusas y hasta contradictorias. Preferimos hablar de lo *no-conciente* en el hombre. Propusimos en otra ocasión algunas precisiones para desarrollar una teoría más comprehensiva y clara del tema (Pithod, 1988/90).

Entonces distinguíamos dos formas de vida psíquica no-conciente. La del psiquismo no-conciente *relativo y virtual* y la del psiquismo no-conciente *absoluto y actual*.

El no-conciente absoluto y actual

Esta forma del psiquismo la llamamos la de lo no-conciente absoluto porque de ella no hay noticia (o conciencia) *directa* alguna *ni la puede haber*, y *actual* porque no está en potencia, no es virtual, sino que está

o puede estar en acto sin dejar por eso de ser inconsciente.

La existencia de estos procesos psíquicos inconscientes no ha merecido objeción en la tradición antropológica tomista. Inconsciente absoluto y actual es el de los procesos lógicos subyacentes al pensar, inconscientes son las facultades del alma y el alma misma. El alma como sustancia no es objeto -absolutamente- de conciencia vivida, a no ser por sus operaciones.

Así, pues, la posición tradicional no tiene dificultad en reconocer la existencia de fenómenos o actos psíquicos no conscientes, tanto en el nivel que hoy se llama psíquico cuanto en el llamado biológico. Para agregar un ejemplo más a los citados, tampoco es conciente la actividad de los *sentidos internos* preparatoria del conocimiento *intelectual*; ni, en el plano biológico, lo son los movimientos de acomodación de los órganos visuales para ver.

Se trata, en todos estos casos, de un inconsciente absoluto y actual. De él no tenemos noticia o conciencia directa ni la puede haber. Y no se trata de puras virtualidades, sino de actos o actualidades. Veremos mejor su índole al compararlo con el psiquismo no-conciente *relativo y virtual*.

1 - Como decía Unamuno no se sabe por qué habríamos de escribir conciente o conciencia sin "s", e inconsciente o inconsciencia intercalando una "s". El hecho es que así se ha hecho a pesar de la objeción del distinguido escritor español. Seguiremos, pues, la costumbre (cf. Seco, M., *Diccionario de dudas de la lengua española*, Madrid, Aguilar, 1982).

El no-conciente virtual

En la art. cit. (Pithod, 1988/90) sosteníamos que en psicología se llama inconsciente o subconsciente al psiquismo virtual, más precisamente a los actos psíquicos en estado de virtualidad. No se hace el distingo entre psiquismo no-conciente virtual y psiquismo inconsciente absoluto. A este último no se hace referencia explícita. Lo que ha interesado a la psicología actual es el no-conciente virtual.

Lo no-conciente sólo se puede concebir en relación a la conciencia, como observa Henry Ey: "las manifestaciones del inconsciente están en las estructuras del ser conciente" (1963, p.289)². Nosotros distinguimos el no-conciente virtual, como decimos, del no-conciente absoluto. El primero es el que interesa a la psicología llamada científica y que lamentablemente no interesó a la ya casi olvidada psicología "racional", muy mal llamada también, pero aquí no podemos extendernos sobre el tema. En el no-conciente virtual hallamos, a nuestro parecer, el no-conciente *tendencial* y lo no-conciente *mnemónico* (lo que alguna vez y de algún modo fue conciente), es decir lo que alguna vez fue vivido más o menos concientemente. De esto último separamos *lo vivido* en su capacidad de ser re-vivido sin mayor dificultad de lo difícilmente revivable, es

decir lo "ya-no revivable" o "por-ahora-no" revivable. Ni qué decir que a los psicólogos del inconsciente lo que les ha interesado es este último, empezando por Freud y aún antes que él, a sus maestros Breuer y Charcot, es decir el inconsciente difícilmente revivable, como no fuera por hipnosis, interpretación de los sueños y psicoanálisis (propiamente el método de asociación libre). En síntesis, conciencia es presencia actual; no-conciencia virtual es presencia pretérita más o menos actualizable -memoria de pasado-, o futura, tendencia hacia algo futuro, aún no poseído, y que no concienzamos como tendencia *hacia*, hasta que la tendencia se actualiza por la presencia o el recuerdo del objeto apetecido.

Conciencia y sentidos internos

El mundo de los *phantasmata*, más específicamente el mundo psicológico de las imágenes sobre todo en cuanto estén cargadas de significación (o de significación accesible), es decir el mundo de los *símbolos* y *signos*, es un no-conciente actualizable o concienzable que se torna inteligible por captación de sus sentidos simbólicos. Estos sentidos simbólicos ocupan todo el gradiente que va del símbolo muy remotamente inteligible, por ejemplo el mundo de la significación anormal, que Henri Ey agrupa en *la locura, las neurosis y los*

2 - *La conciencia*, Madrid, Gredos, 1967. Versión original París, Presses Universitaires de France, 1963. Para este autor el ser conciente y el inconsciente se remiten el uno al otro. El ser conciente "contiene" al inconsciente (p.289).

delirios, categorías psicológicas a las que se agregan *los sueños*, que pertenecen a la vida normal, pero cuya significación puede ser tan ininteligible como las imágenes anormales, las cuales, paradójicamente pueden llegar a ser inteligibles, como es el caso del lenguaje esquizofrénico³. (Confesamos al pasar nuestra dificultad para entender por qué Freud creyó que la interpretación de los sueños era la *vía regia* para el acceso al inconsciente). La ciencia psicológica ha ido ampliando nuestro conocimiento e interpretación de ese mundo de las imágenes e imágenes-símbolos. Ponemos un ejemplo inocente, es decir no demasiado agresivo para una mentalidad tradicional, el de nuestra autoimagen corporal o *esquema corporal* y también de personalidad o *autoimagen del Yo*, ambas muy oscuras para los sujetos -en esto parece que hay diferencias entre hombres y mujeres, al menos en lo que se refiere a la percepción del propio cuerpo y su inserción en el mundo (Buytendijk, 1966), pero que no nos interesa ahora. En otro plano, el de la anormalidad, nos hallamos con la resistencia histórica para captarse el sujeto como histérico, o el paranoico como paranoico. Conocemos un caso de historia que muestra hasta la evidencia el desdoblamiento de la personalidad, con ignorancia aparentemente total de una parte respecto de la otra. Se

trata de una persona muy piadosa que es, vista desde fuera en su vida social, *"mala"*. Queremos decir, que hace daño a sus prójimos con absoluta irresponsabilidad y con una increíble *"buena conciencia"*. Difama, conserva años sus resentimientos respecto de los que tiene una especie de *hipermnesia*, piensa generalmente mal de los otros, les atribuye las peores intenciones, no perdona incluso las ofensas imaginarias, el mundo debe girar en torno a su egoísmo so pena de ser considerado *"injusto"* con ella, etc. Este tipo de personalidad no parece hacer conciente la contra cara *"mala"* de sí misma. La resistencia a hacerlo parece invencible. Los psiquiatras y psicólogos clínicos seguramente podrán añadir otros casos.

Volviendo a lo nuestro: Hay cantidad de vida psíquica sólo intuita por los antiguos pero sutilmente analizada por los fenomenólogos, psicólogos, sociólogos y antropólogos contemporáneos, que puede no hacerse conciente de manera espontánea. Por cierto el sujeto puede *"comunicarla"* (entre comillas) a través de los símbolos, nivel propio de los sentidos internos y especialmente de la *cognitiva* y por lo tanto de una manera que es necesario descifrar. En ocasiones la psicoterapia consiste en un largo trabajo de desciframiento. Y las disciplinas sociales lo intentan también con la simbólica cultural.

3 - El grupo norteamericano de la Universidad de Palo Alto, California, que dirigió Gregory Bateson, ha trabajado estos y otros aspectos de la comunicación. Cf. Bateson, G. *Metálogos*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1969; Watzlawick, P., y otros, *Teoría de la Comunicación Humana*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1971; Watzlawick, P., *¿Es real la realidad?*, Barcelona, Herder, 1989.

La filosofía no puede desentenderse de tales indagaciones, menos que menos una filosofía que quiera ser realista. Las indagaciones psicológicas interesan, estamos convencidos, a la ética, la pedagogía y demás ciencias prácticas que se fundan en la antropología. Es lamentable que a esta altura no estudiemos en filosofía lo que ha venido a develar la ciencia actual respecto del misterio humano. A la inversa, también es grave que se enseñen estas aportaciones sin pasarlas por la criba de la crítica filosófica. No podemos ignorar esa parte del saber actual pero hay que hacerlo de manera crítica. Por cierto que la filosofía no desconocía de manera absoluta la zona no-conciente de la vida psíquica. La prueba está en que los moralistas sabían perfectamente que para que hubiera falta o pecado debía haber "plena advertencia", es decir clara conciencia de lo que se hacía. Se está suponiendo que puede haber una advertencia oscura, o muy oscura, y en esa misma medida habrá habido culpa o no. Lo no-conciente o lo poco conciente no es descubrimiento de la psicología contemporánea, por cierto, pero los desarrollos en este campo son de este siglo (desde el siglo pasado hay una inquietud más o menos difusa por el tema, en particular en los románticos, y lúcidamente en Schopenhauer y Nietzsche (Choza, 1991, pp.53 yss.), a quienes Freud no cita pero que, según Jacinto Choza, están muy presentes en su obra).

Digamos, por fin, que si no hay advertencia plena no puede darse la

otra condición moral subjetiva de la culpa, que es la *deliberada voluntad*.

Actos humanos y actos del hombre

Quizá la filosofía moral no haya prestado mucha atención a la zona intermedia (llamémosla así) que existe entre los llamados tradicionalmente *actos humanos y actos del hombre*. Se pasa un poco por encima lo que hoy la psicología sabe de dicha zona y de sus vías de acceso. Esta actitud nos parece reduccionista, un reduccionismo que está en la línea del dualismo racionalista moderno.

Por actos humanos se entienden los producidos por el hombre en su condición de ser inteligente, por ende conciente y libre. Se distinguen de los actos que *ocurren o acaecen* en el hombre. Unos vegetativos y otros sensitivos (en este último caso comportan una conciencia parcial, por sus efectos, como pasa con el dolor y el placer) y también actos que proceden del hombre sin proponérselo ni medir sus consecuencias, faltos del uso de la razón, sea momentánea o habitualmente. Suelen mencionarse los que se realizan estando dormido, hipnotizado, en estado de delirio, o plenamente distraído, y se agregan los que se producen pero con falta de voluntariedad, por coacción, o bien con ambas falencias (falta conciencia y/o intención).

Esto nos deja abierta la franja media de la que hablamos, aquella en la que no hay *carencia* sino cierto *déficit* de conciencia y/o de voluntariedad o intencionalidad. En esta zona

podemos distinguir un más y un menos fluctuante. Ese más y ese menos hace difícil su evaluación moral, siendo la falta, si se trata de materia moral, mayor o menor, o, incluso, sin que halla propiamente falta moral.

En este nivel, difícilmente objetivable, lo reconocemos, acaecen muchas cosas en el hombre. Poca advertencia hay de ellos y pocos estudios sistemáticos desde una filosofía realista.

Particularmente ilustrativa es la posición de Henri Ey (1967, 285): "...toda psicología... de las funciones psíquicas... está forzada a admitir que todos (estos) "fenómenos" (psíquicos) en su brotar, su articulación, su significación o sus combinaciones operatorias admiten una corriente inconsciente (engramas, *Vorgestalten*, tendencias, actividad formadora, esquemas), cargada de significaciones y de "fantasmas virtuales", que constituyen el sistema de proyección de su inconsciente hasta el hogar de su campo de conciencia" (no olvidemos que para Henri Ey el inconsciente debe entenderse en función del consciente, por eso éste es su hogar). Hay, según esto, una "infraestructura" de inconsciencia en toda experiencia, individual o social. Para él la actualidad de lo consciente no es sino reflejo de la virtualidad de lo inconsciente. La estructura del ser consciente esconde las manifestaciones de lo no-consciente. Así, observa Ey, se hace evidente cuando la conciencia se desorganiza cómo irrumpe la infraestructura no-consciente. Es lo que ocu-

rre en los sueños, en las disociaciones esquizofrénicas, en la histeria, las obsesiones, las fobias, etc.

Obviamente, esta dinámica admite grados, o gradientes, desde lo que no llegamos a concientizar de ninguna manera y de lo que concientizamos a *medias o muy fugazmente*. Esta última es la zona intermedia de la que hablábamos, zona de gran interés no sólo psicológico, sino moral. La distinción clásica entre actos humanos y actos del hombre contempla incoactiva o implícitamente este intermedio.

Simbólica y hermenéutica contemporánea

Vamos a cerrar nuestras reflexiones con una alusión al uso y abuso de la interpretación simbólica en las ciencias sociales contemporáneas. Porque hay un uso legítimo y muy interesante de la simbólica y otro francamente abusivo.

Ante todo vamos a recordar lo que se entiende comúnmente por *sentido común*. Gramsci vio bien cuando advirtió que no se podía hacer una revolución (la marxista, en su caso) si el llamado "sentido común" de la gente seguía siendo cristiano, cristiano-burgués, cristiano-rural, etc., según las tradiciones de los diferentes grupos sociales. El sentido común es, psicológicamente, lo que cada persona o grupo considera "lo natural" y "evidente" a un nivel que no es el de la demostración racional, sino el de las representaciones sociales y su carga simbólica y valorativa, que

se hallan en el nivel *intermedio* de que hablábamos, lejanos a la vida conciente y deliberativa. En efecto, esas representaciones simbólicas y valorativas se ubican en un nivel en general no-conciente o poco conciente de la psique. Por otra parte, la psicología social nos ha mostrado hasta el detalle que lo natural y evidente puede no serlo por igual para todos los grupos. Hoy en día vemos el derrumbe de la actitud cristiana ante la vida que, al desacralizarse, pierde evidencia en cuanto a sus exigencias éticas (aborto, esterilización, eugenesia, eutanasia, fertilización artificial). Estas exigencias éticas cristianas no son comprendidas por muchas conciencias, casi diríamos como si padecieran una ceguera invencible. Es el famoso proceso de *desacralización*. Llegará un momento, decía Jesús, en que los que os persigan y os maten creerán estar haciendo un servicio a Dios. Y Santo Tomás señala que lo que se aprende en la niñez adquiere fuerza de naturaleza y las ideas entonces adquiridas, en la adultez nos parecen "evidentes". Lo dice con motivo de los que creían en su tiempo que no era en absoluto necesario demostrar la existencia de Dios, pues -decían-, es evidente para cualquiera que Dios existe (para cualquiera que desde niño se crió con ese convencimiento y no encontró luego nada ni a nadie que lo contradijera, como su-

cedía en tiempos de la cristiandad medieval)⁴. Ni N. Señor ni Tomás pueden ser tomados por relativistas culturales. Jesús luchó toda su vida pública contra el "sentido común" de los escribas y fariseos que, por lo demás, habían trasvasado al pueblo.

Pues bien, hoy hay una serie de representaciones sociales (Moscovici, 1979) que se han encarnado en la cosmovisión espontánea e ingenua del hombre contemporáneo. Y que éste siente como "naturales" y "evidentes", como cosas seguras. Yo debo confesar que durante años me ha parecido evidente que la primera infancia era decisiva para la afirmación del Yo, para la autoseguridad o autoconfianza del individuo en sí mismo, sobre todo gracias a una buena relación materno-infantil. Creo que sigue siendo una buena hipótesis que no se puede echar así como así por la borda. Pero los logoterapeutas vieneses, particularmente Elisabeth Lukas (1995), me han obligado a revisar este supuesto, sin que me sienta obligado a desecharlo absolutamente. Lukas me hizo tomar conciencia de algo más profundo que la explicación psicologista. Ella utiliza el término *protoconfianza*. Veamos cómo, siguiendo a V. Frankl, se distancia de la tesis psicologista.

"Contrariamente a esto surge la pregunta, si la protoconfianza realmente se reduce a la CONFIANZA

4 - *Contra Gentes*, I, Cap.XI: "La costumbre, y sobre todo la que arranca de la niñez, adquiere fuerza de naturaleza; por esto sucede que admitimos como connaturales y evidentes las ideas de que estamos imbuidos desde la infancia". Guido Soaje Ramos, en su Curso de Ética, tomado por sus alumnos, nos parece que pone las cosas en su justo término en este tema del "relativismo cultural".

EN SERES HUMANOS (con mayúsculas en el original). Una confianza, que no sólo puede ser frustrada, sino que a veces ni siquiera fue desarrollada. ¿Es concebible la protoconfianza en un marco tan estrecho? ¿No se trata más bien de una profunda confianza a la vida de por sí, sean como fueren nuestros prójimos? ¿Se trata realmente de una imagen-reflejo de una experiencia humana buena o mala? ¿O es más bien un reflejo de una protovivencia no humana, la vivencia de haber sido llamado a la existencia, y por ende haber podido participar en el misterio de devenir ser humano, y de este modo en un sentido metafísico, ser deseado y amado desde un principio?”.

Atributos como la protoconfianza “no son adquiridos por la persona a través de la herencia, ni por medio de influencias de la educación, sino que le pertenecen desde sí mismo, por lo menos potencialmente; son atributos del espíritu humano. Herencia y educación únicamente proporcionan el marco, dentro del cual se pueden manifestar en el aquí y ahora”, concluye Lukas. A partir de esta lectura puse entre paréntesis lo que parecía “de sentido común” a mi acervo psicológico, que escondía, sin yo

advertirlo, una aceptación exagerada de la dependencia del ser de su entorno social, particularmente parental. Es decir una escasa conciencia del trasfondo determinista e inmanentista del fenómeno de la autoseguridad y autoconfianza que se oculta en sus defensores psicoanalíticos.

Conclusión

Esperamos haber puesto de relieve la necesidad de que la psicología y la filosofía se hagan cargo crítica pero desprejuiciadamente de los mutuos aportes. Los cultores de las ciencias humanas deben aceptar la inevitabilidad de un marco teórico filosófico a la hora de organizar y fundar su saber, al cual, a fuer de sinceros, hasta el momento se lo ve desquiciado y errático, cuando no dañino. Si encaráramos las actuales ciencias humanas con una actitud de apertura mental, sin pusilanimidad ni prejuicios, veríamos que de ninguna manera son inútiles, aún en el estado en que se encuentran. Pero también debemos esperar un mayor esfuerzo de los psicólogos por comprender la necesidad que tienen de marcos teórico-filosóficos bien asentados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BATESON, G. (1969). *Metálogos*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo.
- BUYTENDIJK, F.J.J. (1966). *La mujer*, 2da. ed., Madrid, Rev. de Occidente.
- CANTIN, S. (1948). *Précis de psychologie thomiste*, Québec, Editions de L'Université Laval.
- CHOZA, J. (1991). *Conciencia y afectividad. Aristóteles, Nietzsche, Freud*, 2da.ed., Pamplona, EUNSA.
- ENNIS, M. A. (1981). *Psicoterapia simbólica*, Buenos Aires, López Lib. Ed.
- EY, H. (1967). *La conciencia*, Madrid, Gredos. Versión original (1963) Paris, Presses Universitaires de France.
- LUKAS, E. (1995). *Psicoterapia en dignidad*, Buenos Aires, Ediciones Paulinas.
- MOSCOVICI, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires, Huemul.
- PEÑA VIAL, J. (1987). *Imaginación, símbolo y realidad*, Santiago, Ed. Univ. Católica de Chile.
- PITHOD, A. (1990). De lo no-conciente en el hombre. Para una revisión de la teoría del inconsciente, Rev. *ETHOS*, Buenos Aires, Vol.16-18, pp.167-182, Instituto de Filosofía Práctica.
- RODRÍGUEZ, V. (1993). *Los sentidos internos*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias.
- SIMARD, A. (1956). *La nature de la cogitative d'après Saint Thomas d'Aquin*, Chicoutimi, Canadá. Ed. privada.
- TOMÁS DE AQUINO, *Contragentes*, I, cap. XI.
- VELAZCO SUÁREZ, C.A. (1974). *La actividad imaginativa en psicoterapia*, Buenos Aires, Eudeba.
- WATZLAWICK, P., y OTROS (1971). *Teoría de la Comunicación Humana*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo.
- WATZLAWICK, P. (1989) *¿Es real la realidad?*, Barcelona, Herder, 1989.

THE FRUSTRATED BUT NECESSARY RELATIONSHIP BETWEEN PSYCHOLOGY AND PHILOSOPHY

Currents requirements of interdisciplinary researches suppose a previous development of theoretical frame to every science. This is an epistemological task. Psychological relations with philosophy are primarily with philosophical anthropology and ontology. Psychology must be opened to Philosophy and viceversa. In this paper we develop summarily some examples of interrelations between two those kinds of knowledges.

Key words: Philosophy and psychology. Internal Senses. Theory of the unconsciousness. Cogitative theory.

Datos y dirección del autor: Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo. Master en Psicología por la Universidad de Madrid. Doctor en Sociología por la Universidad de la Sorbona - París. Director del Centro de Investigaciones Cuyo (CIC). Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesor de Comportamiento Organizacional en la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Cuyo.

Primitivo de la Reta 522, Dpto. K, Mendoza, C.P. 5500, Argentina.
Tel-fax (061) 29 25 63. E-mail: pithod@teletel.com.ar

